

Un oscuro amanecer

Brenda Moreno

Había ruido. Mucho ruido. La vibración fuerte de las bocinas a mi lado me llegaba hasta el fondo del estómago. El amargo olor de sudor y respiración intoxicada, así como las numerosas sombras difusas, llenaban cada rincón de la casa pequeña. ¿Cómo llegó aquí? No lo sé, supongo que por una amiga de mi primo, o una amiga mía. Lo sabía hace rato, ahora no; no sé nada; sólo sé que el cuarto no deja de dar vueltas. Para aclarar la vista, cierro y abro los ojos, pero nada cambia. Con el corazón rápidamente pulsándome entre los oídos, el efecto del alcohol y las drogas me había vencido.

Parecía estar en un sueño, y nuevamente, como en muchas otras fiestas, el humo de cigarro y la oscuridad de la noche hábilmente me arrebataban a mis amigos y mi dignidad, dejándome vacía y sola, a pesar de que la fiesta estuviera repleta de gente. Y así, en la oscuridad, me quedaría perdida esperando la razón y la luz del día.

De pronto hubo gritos y el ruido de vidrios rompiéndose. Todos se movían. La música se apagó, y voces espantadas inundaron el silencio. Tomándome de la mano, mi amiga me dice: "Nos tenemos que ir". Al cruzar la sala para alcanzar la puerta, veo lo que parece ser un muchacho, tirado, y empapado de sangre. Su cara, aun con finta de niño, no se mueve.

Como cubetazo de agua fría, la razón me despierta y el sueño acaba. Me siento enferma. Afuera, como los niños que éramos, todos corrimos. El no involucrarse, todos sabíamos, era la mejor táctica con las pandillas. Como advertencia que no aguantaría más, comenzó a surgir un sudor frío de mi cuerpo.

Mientras corría por las calles oscuras, como si un velo se me hubiera caído de los ojos; vi lo triste y sombría que podía ser la noche. La frialdad y el vacío que discretamente me atormentaban después de noches como esas surgieron de repente con un doloroso impacto. Y así fue que a mis quince años, por primera vez en mi vida, comencé a cuestionar mis decisiones y a correr hacia lo que esperaba fuera un nuevo amanecer.